

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO

QUINCENAL



SUMARIO

"Figuras nuestras" de Redacción.—
"Muerte y Funeral de Pedro Kropotkin",
Emma Goldman. — "Imperios y Naciones",
E. López Arango. — "Las bandas garibaldinas en
Francia (1924) y los anarquistas", Spartaco Acraté.—
De Doctrina y de táctica. Plataforma de organización de
la Unión General de los anarquistas (proyecto). — P. Archinof
"El mundo en cifras" "Bibliografía" — Certamen internacional—Con-
tribución a la Bibliografía anarquista de la América Latina, Max Nettlau

NUMERO
SUELTO
VEINTE
CENTAVOS



BUENOS
AIRES
FEBRERO 15
DE 1927

SUPLEMENTO QUINCENAL

Aparece los días 15 y 30 de cada mes

REDACCION, ADM. Y TALLERES: PERU 1537— BUENOS AIRES. — SUS-
CRIPCION: \$ 1.20 EL TRIMESTRE.—NUMERO SUELTO: 20 CENTAVOS
CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA A M. TORRENTE

HISTORIA

REVOLUCIONARIA,

SOCIOLOGIA,

PROBLEMAS
TEORICOS YBIBLIOGRAFIA,
ESTADISTICAS

TACTICOS DEL

ANARQUISMO,

CRITICA SOCIAL,

Los camaradas del exterior pueden conseguir esta revista dirigiéndose a las direcciones siguientes:

NORTE AMERICA**STEUBENVILLE** (Ohio)

R. Lone. P. O. Box 256.

NUEVA YORK

"Cultura Obrera"

S. O. Box 35, Station D.

FRANCIA**PARIS**

Librería Internacional. 72, Rue des Prairies

LYON

C. de E. Sociales, 86 Cours Lafayette.

PERPIGNAN

A. Mongot. Rute du Vernet núm. 52.

ESPAÑA**BARCELONA**

Tomás Herrero. Cadenas 39.

MEXICO**EN LA CAPITAL**

J. C. Valadés. Mérida 164.

MONTERREY

R. Banajas. Washington 156.

CHILE**SANTIAGO**

Luis H. Heredia. Correo 3, Casilla 5015

BULNES

Javier Urrutia A., Casilla núm. 1.

ANTOFAGASTA

M. Esprella.

VALPARAISO

Abraham Díaz. Correo 2, Casilla 4048.

LA PROTESTA

PORTE
PAGO

SUPLEMENTO

QUINCENAL

AÑO VI

Buenos Aires, 15 de Febrero de 1927

N.º 257

FIGURAS NUESTRAS

P. KROPOTKIN



Hombre de ciencia y hombre de corazón, Kropotkin es una de las personalidades más distinguidas de la lucha por la libertad. Amaba la verdad sobre todas las cosas, tenía un elevado concepto de la ética y lo practicaba, siendo a la vez un apóstol sincero y un revolucionario.

Nació en 1842 en Moscú, hijo de una de las más rancias familias aristocráticas de Rusia, que en derecho habría podido disputar el trono a los Romanof.

Recibió la educación que correspondía a su rango de príncipe. En 1857, teniendo cerca de quince años, ingresó en el cuerpo de pajes del emperador en San Petersburgo, un honor que le abrió las puertas de un brillante porvenir en la corte imperial.

Cuando, en 1862, debía ser promovido a oficial, se le dió la elección de los regimientos a que quería pertenecer; otro en su lugar habría elegido el cuerpo más cortesano, para brillar al lado de Alejandro II. El joven Kropotkin, en cambio, amante de la naturaleza y de la ciencia, eligió un regimiento de cosacos en Siberia. Y allá fué, recorriendo aquellas regiones casi desconocidas, estudiando sin cesar y haciendo notables descubrimientos orográficos. En Siberia vió a los desterrados políticos, principalmente a los polacos, y eso le presentó un aspecto de la vida, desconocido para él hasta entonces. Y fué eso lo que le determinó a dejar el ejército y a establecerse en San Petersburgo el año 1867. Kropotkin continuó estudiando, disfrutando pronto de fama científica por sus trabajos geográficos. Después hizo un viaje de estudio a Finlandia y la Sociedad geográfica lo nombró secretario general, cargo que declinó, porque en Finlandia vió otra faz social nueva: la de la miseria del pueblo laborioso, haciéndose la promesa de dedicar su vida a instruir, a enseñar a los desheredados. La vida revolucionaria le atrajo apasionadamente y en lo sucesivo marchó por ese camino, desafiando al mundo entero. En 1872 hizo su primer viaje por la Europa occidental, afianzando su fe en una sociedad más justicieramente organizada. Los internacionales del Jura le enseñaron, por fin, la verdadera ruta de la libertad. De regreso en Rusia, se entregó con fervor al proselitismo revolucionario. En 1874 fué detenido, siendo sometido a un proceso cuyos resultados eran de prever: por lo menos destierro perpetuo en Siberia. En 1876, gravemente enfermo, fué trasladado desde la cárcel a un hospital militar. Allí, con la ayuda de sus amigos de afuera, entre ellos el famoso Stepniak, escapó, siendo su fuga un acontecimiento mundial. La policía del zar fué impotente para dar con su paradero y cruzó las fronteras felizmente.

Desde entonces comienza su propaganda y su elaboración de las ideas anarquistas, combinó como ninguno otro sus grandes conocimientos científicos con un estilo sencillísimo y encantador. Desde el Révolté de 1879 a Temps Nouveaux, suspendido en 1914, orientó el movimiento anarquista en los países latinos, habiéndose creado con Freedom, desde 1886, una tribuna para los lectores ingleses. En 1883 fué el acusado principal en un proceso famoso tramado por el gobierno francés con el propósito de poner un límite a la propaganda anarquista; la prisión de Clairvaux lo albergó por varios años.

Durante la guerra de 1914-18 adoptó una actitud humanamente explicable, pero justamente combatida por los anarquistas de todos los países, y al estallar la revolución rusa, a los 76 años, emprende el viaje a Rusia, para poner sus últimos días al servicio de la revolución; los bolcheviques monopolizaron el poder y Kropotkin fué poco menos que desterrado por los nuevos amos a Dmitrof, a 80 verstas de Moscú, donde murió el 8 de febrero de 1921, trabajando sin descanso hasta el último suspiro.

MUERTE Y FUNERAL DE PEDRO KROPOTKIN

Cuando llegué a Moscú, en enero de 1921, supe que Pedro Kropotkin había sido atacado por la neumonía. Inmediatamente me ofrecí para cuidarle, pero como ya se encontraba una enfermera atendiéndole y el "cottage" de Kropotkin era demasiado pequeño para alojar huéspedes inesperados se convino en que Sasha Kropotkin, que estaba entonces en Moscú, se dirigiera a Dmitrov para ver si se me necesitaba o no. Previamente había resuelto partir para Petrogrado al día siguiente. Hasta el momento de la partida esperé un llamado de la aldea; al no recibir nada, deduje que Kropotkin iría mejorando. Dos días más tarde, en Petrogrado, Ravitch me informó que Kropotkin empeoraba y que se solicitaba mi presencia en Moscú en seguida. Partí inmediatamente, pero por desgracia mi tren iba diez horas atrasado, de modo que llegué a Moscú demasiado tarde para trasbordar en el tren que se dirigía a Dmitrov. En esa época no había trenes de mañana para la aldea y no fué sino hasta el atardecer del 7 de febrero que pude sentarme en el tren destinado a ese lugar. Entonces la máquina fué por combustible y no volvió hasta la 1 de la madrugada del día siguiente. Cuando llegué por fin al "cottage" de Kropotkin, el 8 de febrero, supe la terrible noticia de que Pedro había muerto una hora antes más o menos. Me había llamado varias veces, pero yo no estaba allí para proporcionarle el último servicio a mi amado maestro y camarada, uno de los espíritus más grandes y nobles del mundo. No me fué dado estar a su lado en sus postreras horas. Me quedaría, por lo menos, hasta que se llevaran sus despojos al recinto mortuario.

Dos cosas me habían impresionado particularmente en mis dos visitas anteriores a Kropotkin: su falta de acritud hacia los bolcheviques y el hecho de que nunca audiera a sus propias penurias y privaciones. Fué sólo entonces, mientras la familia estaba preparándose para el funeral, cuando conocí algunos detalles de su vida bajo el régimen bolchevique. En los comienzos de 1918 Kropotkin había agrupado a su alrededor a algunos de los más expertos especialistas en economía política. Su propósito era hacer un cuidadoso estudio de los recursos de Rusia, compilar éstos en monografías y enderezarlos hacia un fin práctico en la reconstrucción industrial del país. Kropotkin era el editor en jefe de la empresa. Un volumen estaba preparado, pero nunca se publicó. La Liga Federalista, como era conocido este grupo científico, fué disuelta por el gobierno y el material confiscado.

En dos ocasiones fueron requisados los alojamientos de Kropotkin en Moscú y la familia se vió forzada a buscar otro barrio. Fué después de estas experiencias que los Kropotkin se dirigieron a Dmitrov, donde el viejo Pedro llegó a ser un in-

voluntario desterrado. Kropotkin, en cuya casa, en el pasado, se había reunido lo más selecto de todos los países, en pensamientos y en ideas, estaba ahora forzado a llevar una vida de recluso. Sus únicos visitantes eran campesinos y trabajadores de la aldea y algunos miembros de la *inteligentsia*, cuya necesidad era acudir a él con sus molestias y sus desgracias. Se había mantenido siempre en contacto con el mundo por medio de numerosas publicaciones, pero en Dmitrov no había acceso por esas fuentes. Sus únicas fuentes de información eran ahora los diarios del gobierno: *Pravda* e *Izvestia*. Había también adelantado grandemente en su nueva Ética, mientras vivía en la aldea. Mentalmente estaba moribundo, lo que para él constituía una tortura más grande que la mala nutrición física. Es verdad que se le daba un *payck* mejor que a la generalidad de las personas, pero aun así era insuficiente para sostener su fuerza desfalleciente. Afortunadamente recibía ocasionalmente, de varias fuentes, asistencia en forma de provisiones. Sus camaradas del exterior, así como los anarquistas de Ucrania, le enviaban a menudo paquetes de comida. Una vez recibió unos regalos de Machno, en ese tiempo proclamado por los bolcheviques como el terror de la contrarrevolución en el sur de Rusia. Kropotkin sintió especialmente la falta de luz. Cuando los visité en 1920 se estaban considerando a sí mismos afortunados de tener un cuarto alumbrado. La mayor parte del tiempo Kropotkin trabajaba a la vaciante llama



de una lámpara de estaño al aceite que casi lo llevó a la ceguera. Durante las breves horas del día transcribía sus notas en una máquina de escribir, despacio y penosamente, apretando cada tipo.

Sin embargo, no era su propia falta de comodidad la que minaba su fuerza. Fué el pensamiento de que la revolución había fallado, las penurias de Rusia, las persecuciones, los interminables *razrets*, que hicieron de los dos últimos años de su vida una honda tragedia. En dos ocasiones logró volver en sí y hacerse oír de los gobernantes de Rusia: una vez al protestar contra la supresión de toda publicación no comunista; la otra vez contra la bárbara práctica de la toma de rehenes. Desde que la *Teheka* inició sus actividades, el gobierno bolchevique había sancionado la toma de rehenes. Viejos y jóvenes, madres, padres, hermanas, hermanos, aun niños eran mantenidos como rehenes porque se alegaba la ofensa de uno de sus padres, de lo que ellos a menudo nada sabían.

sición Kropotkin llamaba la atención sobre el peligro de tal política relativa a todo progreso del pensamiento, y hacía hincapié en que tal monopolio del Estado haría imposible todo trabajo creador. Pero la protesta no tuvo efecto. En lo sucesivo Kropotkin sintió que era inútil apelar a un gobierno que se había vuelto loco con el poder.

Durante los dos días que permanecí en la casa de Kropotkin supe más de su vida personal que durante todos los años que le había conocido. Aun sus más íntimos amigos no sabían que Kropotkin era un artista y un músico de mucho talento. Entre sus efectos descubrí una colección de dibujos de gran mérito. Amaba la música apasionadamente y él mismo era un músico de no común ingenio. Mucho de su ocio lo empleaba en el piano.

Y ahora yace en su lecho, en su pequeño gabinete de trabajo, como si estuviera durmiendo pacíficamente, su rostro tan bondadoso en la muerte como lo había sido en la vida. Miles de personas hicieron peregrinajes al "cottage" de Kropotkin



PEDRO KROPOTKIN EN SU LECHO MORTUORIO

Kropotkin consideraba tales métodos como inexcusables bajo cualquier circunstancia.

En el otoño de 1920, miembros del partido social revolucionario, que habían logrado escapar para el extranjero, amenazaron defenderse con la ley del Talión si la persecución comunista de sus camaradas continuaba. El gobierno comunista anunció en su prensa oficial que por cada víctima comunista se ejecutarían diez social-revolucionarios. Fué entonces cuando la famosa revolucionaria Vera Figner y Pedro Kropotkin enviaron su protesta a los poderes que había en Rusia.

Expresaban que tales prácticas eran la peor mancha de la revolución rusa y un mal que ya había traído resultados terribles en su despertar: la historia nunca perdonaría tales métodos.

La otra protesta fué hecha en réplica al plan del gobierno de "liquidar" todo establecimiento de publicidad privado, incluyendo aún a las cooperativas. La protesta fué dirigida a la presidencia del congreso de todos los soviets de Rusia, entonces en sesión. Es interesante apuntar que Gorki, él mismo un oficial del comisariado de Educación, había enviado una protesta similar. En su expo-

a rendir homenaje a este gran hijo de Rusia. Cuando sus restos fueron llevados a la estación para ser trasladados a Moscú, todo el pueblo de la aldea esperaba la impresionante procesión funeral para expresar su último saludo afectivo al hombre que había vivido entre ellos como su hermano y camarada.

Los amigos de Kropotkin decidieron que las organizaciones anarquistas se harían cargo exclusivo del funeral y una Comisión del Funeral de Pedro Kropotkin se formó en Moscú, constituida por representantes de varios grupos anarquistas. El Comité telegrafió a Lenin, pidiéndole que ordenara la libertad de todos los anarquistas encarcelados en la capital para darles la oportunidad de participar en el entierro.

Debido a la nacionalización de todo vehículo público, establecimientos de imprenta, etc., la Comisión Anarquista del Funeral se vió compelida a pedir al soviet de Moscú la habilitara para llevar a feliz término el programa del funeral. Estando despojados los anarquistas de su propia prensa, la Comisión tuvo que solicitar de las autoridades la publicación de todo lo que se relacionaba con

los arreglos del entierro. Después de interminables discusiones se logró el permiso de imprimir dos volantes y la publicación de un boletín de cuatro páginas en conmemoración de Pedro Kropotkin. La Comisión solicitó que el papel saliera sin censura y aseguró que lo escrito consistiría en apreciaciones de nuestro camarada muerto, con exclusión de todo problema polémico. Esta petición fué categóricamente rechazada. No teniendo elección, la Comisión se vió forzada a someterse y los manuscritos fueron enviados a la censura. Para prevenir la posibilidad de quedar sin ninguna publicación de memorial a causa de las tácticas dilatorias del gobierno, la Comisión del funeral resolvió abrir, bajo su responsabilidad, la oficina de cierta imprenta anarquista que había sido sellada por el gobierno. El Boletín y los dos volantes fueron impresos en ese establecimiento.

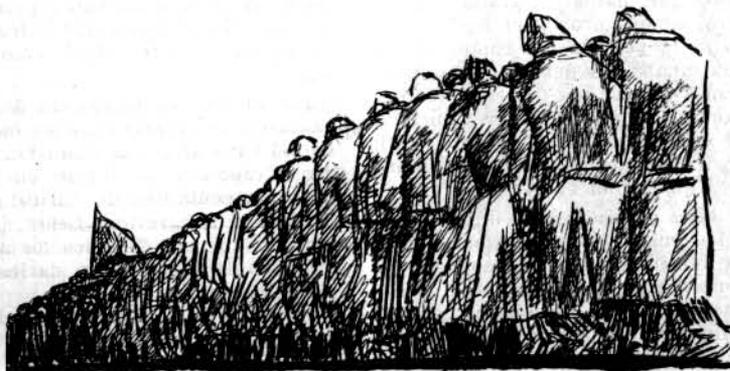
En contestación al telegrama enviado a Lenín el Comité Central Ejecutivo de los soviets de todas las Rusias resolvió "proponer a la Comisión Extraordinaria panrusa (*Vch-Tcheka*) que se libertara, de acuerdo a su juicio, a los encarcelados anarquistas para participar en el funeral de Pedro A. Kropotkin". Los delegados a la Tcheka fueron preguntados si la Comisión del Funeral garantizaría el regreso de los prisioneros. Ellos respondieron que ese problema no había sido discutido. A continuación la Tcheka rehusó libertar a los anarquistas. Informada la Comisión del Funeral del nuevo desarrollo de la situación, garantizó inmediatamente el regreso de los prisioneros después del funeral. En seguida la Tcheka contestó que "no había anarquista en la prisión que, a juicio del presidente de la Comisión Extraordinaria, pudiese ser libertado para el funeral.

Los restos del muerto yacían en el Hall of Columns, en el Templo del Trabajo de Moscú. En la mañana del funeral la Comisión del Funeral de Kropotkin decidió informar al pueblo reunido de la mala fe de las autoridades, y, a modo de protesta, hizo retirar del templo todas las coronas presentadas por las corporaciones oficiales comunistas. Temiendo la pública exposición, los representantes del soviet de Moscú prometieron definitivamente que todos los anarquistas encarcelados en Moscú serían inmediatamente libertados para acudir al funeral. Pero esta promesa fué también rota,

siendo libertados sólo siete de los anarquistas de la "inner jail" de la Comisión Extraordinaria. Ninguno de los anarquistas encarcelados en Butyrki asistió al funeral. La explicación oficial fué que los veinte anarquistas encarcelados en esa prisión rehusaron aceptar el ofrecimiento de las autoridades. Más tarde visité a los prisioneros para cerciorarme de los hechos. Me informaron que un representante de la Comisión Extraordinaria insistió en la asistencia *individual*, haciendo excepción en algunos casos. Los anarquistas, sabedores de que el permiso de libertad temporal era *colectivo*, exigieron que la estipulación fuese mantenida. La representación de la Tcheka fué al teléfono para consultar autoridades más altas, así dijo. No volvió.

El funeral fué una vista muy impresionante. Fué una demostración única, jamás testimoniada en otro país. Largas filas de miembros de organizaciones anarquistas, uniones del trabajo, sociedades científicas y literarias y corporaciones estudiantiles marcharon durante más de dos horas desde el Templo de Labor al cementerio, siete verstas (cerca de cinco millas) distante. La procesión fué encabezada por estudiantes y niños que llevaban coronas presentadas por varias organizaciones. Estandartes anarquistas de emblemas socialistas blanco y escarlata flameaban por encima de la multitud. La procesión, de una milla de largo, no necesitó en modo alguno los servicios de los guardianes oficiales de la paz. Perfecto orden fué mantenido por la multitud misma, formando espontáneamente varias filas, mientras estudiantes y trabajadores organizaban una cadena viviente a los dos lados de los manifestantes. Al pasar por el Museo Tolstoi el cortejo aminoró la marcha, y los estandartes fueron bajados en honor a la memoria de otro gran hijo de Rusia. Un grupo de tolstoianos, sobre los peldaños del Museo, tocó la marcha fúnebre de Chopin como una expresión de su amor y reverencia a Kropotkin.

El sol brillante del invierno estaba hundiéndose detrás del horizonte cuando los restos de Kropotkin fueron bajados a la tumba, después que los oradores de muchas tendencias políticas habían pagado su último tributo a su gran maestro y camarada.



E. LOPEZ ARANGO:

IMPERIOS Y NACIONES

Unidades económicas y parcialidades nacionalistas

Están a la orden del día el imperialismo y el nacionalismo. Son esos, ahora que el proletariado parece resignado a su suerte, los dos términos de comparación en la marcha del carro del progreso. Se habla de reacciones y de revoluciones conforme al concepto político que expresa esa lucha entre las grandes unidades económicas y las pequeñas parcialidades nacionalistas, como si los problemas sociales pudieran ser resueltos disgregando los Estados fuertes y multiplicando la planta venenosa del estatismo.

Se ha establecido como principio esa acción disgregadora de los imperios. El fenómeno se explica teniendo en cuenta que el liberalismo burgués es exclusivamente nacionalista, entendiendo por nación una comunidad limitada por fronteras etnográficas, por prejuicios religiosos y raciales, por las diferencias idiomáticas. En ese proceso no intervienen los factores materiales que atan al hombre a sistemas de vida injustos y atentatorios a su salud moral y física, aunque en el plano general de la economía capitalista predomine sobre las parcialidades políticas una especie de internacionalismo industrial y financiero que va borrando los rasgos característicos de los pueblos.

El problema del nacionalismo depende de su lógica contingencia: el imperialismo. Todo movimiento nacionalista lleva en sí el germen del mal que pretende combatir. Los imperios, máxime si son ultramarinos, coloniales, gestan los movimientos raciales en oposición al dominio de las metrópolis capitalistas. Pero el proceso de las nacionalidades formadas por la disgregación de los grandes Estados, está sujeto al mismo fenómeno que determinó la anterior amalgama de pueblos bajo la égida de una raza de conquistadores.

Fácil es, pues, seguir el proceso del imperialismo y del nacionalismo como dos líneas paralelas que sirven de acceso a uno y otro sistema. Toda nación aspira a romper el precinto de sus fronteras históricas y a dominar sobre países abiertos a la conquista. Y todo pueblo dominado, por poco desarrollada que esté su conciencia nacional, alienta el propósito de independizarse de la tutela extranjera. Pero, ¿en qué medida se liberta la clase trabajadora de ese odioso yugo? ¿Y en qué grado la burguesía nacional conserva el espíritu de independencia desarrollado bajo la dominación del imperio?

Los más poderosos imperios coloniales de ahora — Inglaterra, Francia, Estados Unidos, Japón —, fueron en otros tiempos pequeños Estados sometidos a la tutela de las potencias entonces dominantes, o simples colonias de naciones que vivieron su minuto de grandeza... Y ese solo hecho demuestra que el nacionalismo no es un sentimiento libertario, ni un ideal de justicia: es la expresión del orgullo fanático de los pueblos separados por prejuicios de raza, de religión, de idioma.

No nos pueden convencer los argumentos de los nacionalistas, que sólo se mueven en el reducido espacio de las concepciones políticas liberales, por mucho que griten contra el moderno imperialismo. Para que tales actos sean posibles, es necesario que haga crisis la influencia del Estado dominador y alguien se atreva a discutir sus mandatos. Y así y todo, la base económica del imperio no es fácil destruir a con los movimientos de independencia nacional.

— Sabemos demasiado que la burguesía nacional — al menos en las colonias y en los países semi independientes — carece de ideales patrióticos... entendiendo el patriotismo como una manifestación de amor a la tierra en que se nace y a los hombres que pertenecen a la misma raza, hablan el mismo idioma y practican la misma religión.

El nacionalismo es a lo sumo una preocupación política que adquiere trascendencia en determinados momentos de la historia. Por encima de esa débil solidaridad racial están los intereses de casta, el odio de clase, la diferencia en los privilegios usurpados a la mayoría por una minoría audaz. ¿Qué afinidades unen a los hombres de una nación en la vida cotidiana? El capitalista autóctono, ¿es mejor y más humano que el extranjero? Los explotadores del patriotismo, que exaltan las glorias de la nación y hablan con orgullo de los próceres de la independencia nacional — y toda patria, grande o chica, tiene su epopeya guerrera —, ¿en qué forma practican la solidaridad de raza con la clase trabajadora?

Fácilmente se puede seguir el proceso de las naciones nuevas, creadas con el aporte inmigratorio de pueblos desemejantes y con la capitalización de aventureros internacionales lanzados a la conquista de riquezas de fácil explotación. El patriotismo se fomenta como un sentimiento de aversión a todo lo extraño, siempre que choque con los prejuicios de la masa ignara o perjudique los intereses de los privilegiados. Pero la llamada dignidad nacional no existe como sentimiento, toda vez que los cultores del nacionalismo aceptan la humillación de la clase trabajadora autóctona en un régimen social donde dominan los más desaprensivos y los más audaces.

Hay anarquistas que creen ver en el nacionalismo una especie de iniciación libertaria. Parten de la base de que todo movimiento de independencia nacional, por su acción disgregadora, es una valla opuesta al dominio de la burguesía. Y se llega a sostener también que, destruyendo las grandes unidades políticas, es más fácil luchar contra el Estado, debido a que disgregando las potencias mayores se debilita el principio de autoridad.

Según nuestra opinión, se aprecia falsamente ese problema. La misma potencia reaccionaria representa un Estado grande que uno pequeño. Son las

circunstancias las que determinan el grado de violencia de los gobiernos de las diferentes categorías: imperialistas o nacionalistas, monárquicos o republicanos, de dictadura o de democracia.

El nacionalismo romántico, que ignora el proceso de la centralización industrial y financiera, sujeto a las mismas determinantes aún en las pequeñas parcialidades políticas, tiene también sus cultores. Pero el punto de vista revolucionario de los nacionalistas por preocupaciones raciales, religiosas o idiomáticas, desaparece una vez conseguido el objetivo inmediato: la independencia de la patria chica. Por otra parte, el egoísmo regional excluye toda posibilidad de mejoramiento en las condiciones del pueblo cuya independencia nacional reclaman los políticos, ya que se elude el problema de la interdependencia de todos los países en el sistema económico impuesto por el capitalismo.

Entre otros muchos casos, tenemos el viejo pleto de los regionalistas catalanes dentro de la nación española. España es una unidad económica formada por varias parcialidades políticas, que se diferencian por algunos rasgos más o menos característicos — el idioma, las costumbres locales, etcétera —, pero que históricamente tiene una conformación sujeta al determinismo de las necesidades comunes. Desmembrar esa unidad económica, porque las partes reclamen su completa autonomía, supone tanto como destruir los lazos de una comunidad formada por las más ricas y las más pobres regiones de la península ibérica.

Descartado el romanticismo de los catalanistas político-sociales, el movimiento catalán se inspira en un estrecho concepto de superioridad económica. De ahí que predominen las preocupaciones financieras en los partidarios de la autonomía completa de Cataluña.

El mismo Maciá, jefe de la fracasada intentona revolucionaria de Perpignan, al que presentaron los diarios burgueses como un Quijote del nacionalismo, tiene en cuenta esas razones egoístas. Para él, Cataluña lleva demasiada carga en el presupuesto del Estado español, en beneficio de las regiones más pobres de la península. En consecuencia, sostiene que, estando en condiciones de bastarse a sí misma, tiene derecho a reclamar su completa independencia. He aquí lo que declaró a un corresponsal que lo entrevistó después del famoso proceso de París:

"Cataluña quiere ser libre e independiente, y no podría hallar solución a su problema dentro de una República Federal a base de la Constitución de 1873, porque los catalanes tenemos muy desarrollado el sentimiento de la propia personalidad. Contamos con las condiciones morales y materiales necesarias para alcanzar el logro del fin absoluto que perseguimos. La República Federal, es decir, un movimiento de carácter republicano, aun cuando se iniciara en Cataluña, no podría satisfacerlos. Nuestra personalidad, nuestra soberanía, sólo pueden establecerse mediante la independencia".

La solución no puede ser más catalanista... Maciá opina como un perfecto burgués catalán. Pero hace también demagogia, a fin de conformar a los obreros que participan en el movimiento político que inspiran los plutócratas de Cataluña. Veamos la curiosa concepción político-social del jefe de la última expedición a los Pirineos:

"Me consideraría indigno de conquistar la libertad de Cataluña si no pensara ante todo en la libertad del obrero. Cada hombre, obrero o campesino, debe poseer el trozo de tierra en que nace y muere, y que defiende a veces con su sangre. Empero, nuestro programa no llega totalmente a la socialización de los medios de producción. Iremos siempre adelante, pero no queremos la lucha de clases. Si se planteara, serían los pudientes quienes lanzasen el grito de guerra. Dada la psicología catalana, podemos ir más de prisa que Rusia, limitándonos a codificar las ideas que están en el ambiente. La burguesía capitalista tendría que rendirse a la razón. Cataluña, además, se encuentra en situación privilegiada, porque la subdivisión de la propiedad rural facilitaría el advenimiento del régimen democrático. Siendo el obrero la parte más sana y fecunda de la sociedad, considero que merece las preferencias del Estado".

¿Qué quieren, en resumidas cuentas, los nacionalistas catalanes? La independencia política de Cataluña. Y por tan poca cosa hay anarquistas que miran con simpatías el nacionalismo, por aquello de que es un movimiento revolucionario dirigido contra el enemigo tradicional.

Como Maciá, opinan todos los burgueses liberales nacionalistas. No quieren la lucha de clases, porque para ellos lo primero es conquistar el poder político como base para afianzar la dominación económica de la burguesía autóctona.



SPARTACO ACRATE:

Las bandas garibaldinas en Francia (1924) y los anarquistas

Tiene lugar desde hace cerca de dos años, en los periódicos anarquistas de lengua italiana, en Francia y en los Estados Unidos, una polémica llena de asperezas sobre la contribución que los anarquistas dieron en 1924-25 a la tentativa de iniciativa democrática para constituir entre los emigrados italianos bandas armadas de tipo militar, con los hermanos Garibaldi a la cabeza, para pasar en determinado momento la frontera italiana y tratar de sublevar al pueblo de la península contra el gobierno fascista.

Dejemos a un lado la cuestión general de táctica sobre el uso de las bandas armadas, que puede resolverse en varios sentidos. El sistema no puede descartarse *a priori* y enteramente; pero, como lo dije ya en otra ocasión, soy de la opinión de Luigi Berioni, que las bandas organizadas en el exterior tienen demasiado pocas posibilidades de triunfo, mejor dicho: ninguna, especialmente si son organizadas abiertamente y con viejos sistemas militaristas y por compañías de aventura.

En 1924, poco después del asesinato de Matteotti, por iniciativa de italianos emigrados, sobre todo de ex combatientes que se inspiraban en el programa de la sociedad de los ex combatientes de guerra "Italia Libera" — demócratas, socialdemócratas, republicanos, masones, etc. — surgió la idea que la insurrección del pueblo italiano podía ser ayudada, incluso provocada por bandas libertadoras, que iniciarían de improviso, desde la frontera, una especie de "marcha roja" sobre Roma, para derrocar a los camisas negras.

La idea pareció óptima a algunos elementos, especialmente del exterior y a todos aquellos que, aun perteneciendo a partidos diversos y abrigando distintas creencias, anhelaban sobre todo la acción y en primer lugar querían el fin de la dominación fascista. "¡Hasta con el diablo iría!", decía alguno, y otros: "¡Iré hasta con el Papa, siempre que se pueda libertar a Italia de los bárbaros!", y con eso aludían a ciertos monárquicos y clericales que por un instante parecían apoyar la empresa. ¡Tonterías! Pues en realidad el rey y el papa tenían más inclinación a concertarse con el fascismo que con el pueblo, y ciertamente tenían más miedo de la bandera roja que de la camisa negra. Pero eran tonterías que denotaban un estado de ánimo penosísimo, índice de una terrible situación.

Todos esos se equivocaban, claro está. Sin embargo, era ese un error que no se podía refutar con razones teóricas, puesto que se derivaba de fuentes psicológicas más que de doctrinarias y programáticas. Era preciso, sobre todo, comprender aquella muchedumbre; era preciso ponerse, para entenderla, en la situación de aquéllos que eran arrastrados por una fuerte pasión. La cual era una pasión generosa, una pasión de libertad,

de riesgo, de batalla. Y se comprende muy bien cómo todos los pasionales fueron arrastrados en el primer momento hacia la ilusión garibaldina, atacados por la fiebre de la acción. La ilusión se agigantó por un instante e hizo vacilar también a alguno que, maduro en armas y en experiencia, estaba inclinado por su mentalidad más a ser contrario que favorable. Y favorable en el primer momento lo fueron hasta algunos que, por su mentalidad individualista, eran en teoría los menos propensos a organizaciones de aquel género.

Hablo, véase bien, de los italianos emigrados, porque en Italia se supo muy poco y muy tarde, y por poquísimos; y la mayoría de éstos eran bastante escépticos al respecto.

* * *

Como ocurre siempre cuando se baja o se espera bajar pronto al campo de la acción, donde se quieren utilizar todas las fuerzas, y todas las fuerzas os son atraídas y os tienden espontáneamente la mano por todas partes, por los más diversos motivos, sean buenos o malos — y en las revoluciones eso es más verdadero aun — la iniciativa garibaldina reclamó adherentes de la izquierda y de la derecha: de un lado socialistas, sindicalistas, anarquistas y comunistas, y de otro hombres de los partidos más moderados de la democracia, incluso monárquicos y algún general de ejército, todos impacientes, al menos en apariencia, para desembarazar a Italia del fascismo.

Naturalmente, todo individuo o grupo adherente tenía un *arrière-pensée* propio, un objetivo especial: su esperanza, la esperanza de lograr pesar en todo el movimiento, de imprimirle después sus directivas propias. Los más modestos, a la derecha, confiaban domeñar el movimiento, especialmente con la intervención del ejército, y detenerlo en el simple restablecimiento del régimen constitucional parlamentario; los republicanos y socialdemócratas creían llegar a una especie de república social; los comunistas se prometían de nuevo instalar la dictadura en nombre del proletariado; los anarquistas, por fin, se proponían llevar las cosas a los extremos e iniciar la verdadera revolución social. Todos concluían después: "Por lo menos nos libertaremos del fascismo". ¡Dejemos a un lado, por un instante, que todos estaban en la ingenua ilusión del niño que espera atrapar el pájaro, poniéndole antes un trocito de sal en la cola! ¡Ciertamente, aquél era el mejor modo para dejar el fascismo en su puesto! Pero admitamos que el movimiento hubiera podido triunfar, lo que salta de inmediato a la vista es que las menores probabilidades de éxito eran las de los anarquistas. El movimiento no

podía, en la mejor de las hipótesis, más que tener un desenlace democrático burgués, sea por la composición de las fuerzas, sea por la disposición general del proletariado italiano, sea — permitidme decirlo — por la organización todavía embrional e insuficiente de los anarquistas italianos. Esta constatación, que era bastante fácil de hacer entonces mismo también, implicaba para los anarquistas adeptos un deber preliminar de estar con los ojos bien abiertos y comprender las responsabilidades que iban asumiendo.

Los comunistas comprendieron pronto que la iniciativa no podía tener más que un desenlace democrático-burgués y — especialmente por su mentalidad sectaria de dejar que el mundo vaya a la ruina antes que contribuir a salvarlo sin tener el sartén por el mango y, por tanto, el mérito y los frutos — se retiraron casi de inmediato por orden de sus jefes. También muchos anarquistas, movidos sin embargo por un espíritu diverso, vieron que la cosa no era seria y que se ponía mal, y se negaron a adherirse a la empresa, y otros se retiraron casi de inmediato. Pero la falta de toda confianza, y más el espíritu de contradicción hicieron que, a pesar de todo, algunos anarquistas continuasen en las filas garibaldinas hasta que éstas se disolvieron.

Cuando hablo de los anarquistas, no lo repetiré nunca bastante, me refiero siempre a la minoría emigrada, y más particularmente a la emigrada a Francia. Los anarquistas que quedaron en Italia ignoraron en gran parte la empresa, y los que tuvieron conocimiento de ella, cuando lo supieron no le prestaron fe alguna y se declararon contrarios a ella. Uno de los compañeros más conocidos, solicitado para una entrevista en Italia por uno de los jefes garibaldinos, se rehusó a ella. Otros que estaban en correspondencia con los compañeros emigrados, les desaconsejaron, y esto hicieron también los que estaban entonces en la comisión de correspondencia de la Unione Anarchica Italiana. En la prensa anarquista italiana apareció también algún artículo que ponía en guardia a los compañeros contra las peligrosas ilusiones de aquella empresa y de otras parecidas.

* * *

Sin embargo, los anarquistas emigrados, especialmente en Francia, en el primer momento se adherieron en número discreto a la iniciativa garibaldina, sin distinción de tendencias: organizadores y antiorganizadores, comunistas e individualistas. No sabría decir si fueron mayoría o minoría, pero lo cierto es que no fueron pocos.

No faltaron, por lo demás, también en el extranjero, y hasta en Francia, compañeros, también éstos de varias tendencias, que se opusieron, al principio débilmente y con reservas de carácter práctico y teórico, después cada vez más enérgicamente. Y poco a poco surgieron las polémicas, que llegaron a una aspereza increíble, tanto más, aparte de nocivas, inútiles para cada una de las tesis en conflicto, cuanto que las polémicas ardieron más propiamente cuando la aventura garibaldina estaba ya liquidada y faltaba toda razón práctica de discordia.

No estará demás, para el exacto conocimiento de nosotros mismos y de nuestro movimiento, examinar los móviles y los actos, tanto de unos como de otros.

Como he dicho ya, el hecho que los anarquistas eran los que tenían menos probabilidades de ha-

cerse valer, aun en la hipótesis del mejor éxito de la aventura, habría debido aconsejar a los anarquistas mismos que se adherían a la iniciativa una actitud de cautela, de modestia, de buenas relaciones con los compañeros disidentes, de reserva o, al menos, de salvaguardia de la propia coherencia frente a ciertos métodos de organización y a ciertas formas y fórmulas que chocaban contra toda nuestra tradición desprejuiciada, iconoclasta y libertaria. Pues bien, si se puede decir que la masa de los compañeros no perdió el sentido del límite, hubo quienes de inmediato, con su modo de obrar, cavaron el primer surco áspero entre ellos y los demás.

Hubo algunos que aceptaron inmediatamente funciones de jefes, uniformándose a la concepción militarista, unitaria y centralizadora de los Sresñ Garibaldi, sosteniendo en reuniones públicas que aquella era la disciplina necesaria, y no contentos con las responsabilidades asumidas — hablo de las responsabilidades morales ante el propio partido, no de las responsabilidades de peligro frente al fascismo — emplearon pronto para con los compañeros disidentes un lenguaje que no toleraba crítica alguna y antipático, como si el disentimiento fuese determinado por una estéril fosilización doctrinaria o, lo que es peor, por una repugnancia congénita a la acción.

Se trató, téngase en cuenta, del error de muy pocos; no creo que hayan sido más de cuatro o cinco individuos; pero como eran compañeros obreros bastante conocidos, con largas y simpáticas páginas de actividad en su pasado, y eran aquellos que más resaltaban como exponentes y jefes, comprometieron pronto frente a todos los compañeros la corriente "garibaldinista" e hicieron crecer contra ésta las desconfianzas y los temores, aun antes de que fuesen evidentes su inconsistencia fundamental y su poca seriedad práctica.

El fracaso práctico de la empresa se delineó pronto hacia fines de 1924. Cuando después, en los primeros meses de 1925 apareció claro la falta de voluntad (si es que la hubo alguna vez) de



los Garibaldi y compañía para obrar en serio, y saltó a los ojos el deseo predominante de los Garibaldi de hacer dinero; al fracaso práctico material ya evidente sucedió, en bancarrota, el des crédito moral. Los mejores y más avisados de los compañeros, que al principio habían creído en la cosa, se habían retirado ya, y al fin, fiel al garibaldinismo, no había quedado más que un pequeño grupo (hablo de los anarquistas, y no de los otros, que no me interesan) sin importancia y sin influencia, que habría desaparecido tal vez y caído en la inactividad, si no lo hubiesen ido a galvanizarlo ásperas polémicas encendidas a su alrededor.

En cambio, propiamente entonces, mientras la polémica perdía todo interés y toda razón de mayor necesidad, propiamente entonces comenzó a agudizarse más. Y el haberla exasperado tanto, como veremos, es el error principal de algunos compañeros anarquistas, que habían sido, con plena razón, adversos al garibaldinismo.

Pero aquí, como entre paréntesis, quiero hacerme una pregunta: ¿Tuvieron alguna vez voluntad de obrar en serio los jefes del garibaldinismo? No sé cuáles fueron todos los jefes y no los conozco; además, no es posible hacer el proceso a las intenciones, porque las verdaderas intenciones de otros nadie puede conocerlas con seguridad. Pero por lo que se refiere a los Garibaldi, su actitud permite reconstruir el nexo de conjugación de sus actos.

A pesar de todos sus nefastos antecedentes y subsiguientes, a mí me parece que en los primeros meses hubo en cierto modo en los Garibaldi la intención de obrar en serio. Hubo probablemente tal intención, porque existió la creencia que el fascismo mismo acabaría por arruinarse irremediablemente — muchos creyeron en ello de un modo seguro el segundo semestre de 1924 — y los Garibaldi vieron, sobre todo, en la aventura de las bandas un buen negocio. En el momento propicio habrían acudido al frente de los garibaldinos, en ayuda del pueblo italiano vencedor; como bravas "mosche cocchiere" se habrían adjudicado el mérito de la victoria y... ¡habrían presentado la cuenta!

Pero el negocio no prosperó... Y entonces, cuando a comienzos de 1925, los Garibaldi advirtieron que habían hecho mal sus cuentas, pensaron en continuar ilusionando lo mismo a quien tenía fe en ellos para recoger dinero: empréstito de la libertad, carnets, cuotas, contribuciones y subvenciones, etc.

Y cuando también se agotó muy pronto esa fuente, ellos que, en cambio, tenían siempre necesidad de dinero, y de mucho, en una forma o en otra — Ricciotti, como se ha visto, en la forma más inoble — se vendieron al enemigo. El uno se hizo pagar por el gobierno italiano para marcharse y retirarse de la vida política; el otro se hizo dar la dirección de una empresa cooperativa nacional del exterior; el tercero continuó haciéndose el antifascista para venderse mejor, escondido, como espía y agente provocador.

¡Cuánto fango! y tal vez no falta entre tanta suciedad algún reguero de sangre... ¡Oh, cubrid de negro los mil monumentos esparcidos por el globo al héroe de ambos mundos! ¡Pobre y gran Giuseppe Garibaldi! La fortuna le fué favorable en todo, menos en el fruto de sus amores... ¡No habría debido tener hijos ni nietos!

No quiero dar aquí muestra de la fácil ciencia del después. La traición verdadera y propia de un

Garibaldi podía tal vez, en 1924, no ser prevista como, en cambio, ocurrió. Pero de la poca, mejor, de la ninguna seriedad de todos los Garibaldi, todos sabían un poco. Su venalidad de aventureros era bien conocida desde hacía muchos años, su amor a la libertad era puro oropel de ocasión, su actitud ante el fascismo era desigual y equívoca. Su pasado político era insignificante o pésimo, sus méritos militares no eran de ningún modo excepcionales, la parentela era sospechosa, teniendo dos hermanos fascistas y el padre muerto fascista...

Se ha dicho que se quería explotar el brillo del nombre, pero era un brillo apagado desde hacía mucho. Dejando aparte el lado educativo del medio, ¡qué enorme ligereza han cometido o consentido los que solamente por un nombre ya tan mal gastado ponían en manos tan poco seguras la dirección, el honor, el dinero y los secretos de una empresa, de la que debía depender la liberación de un pueblo o el sacrificio de tantas vidas jóvenes! Y aquí no hablo sólo de los anarquistas, sino también de los demás.

Pero según mi opinión, los anarquistas — aquellos anarquistas — se equivocaban más que los otros. Si no de más, debían darse cuenta que se embarcaban mal al sentirse oprimidos en toda su mentalidad y psicología libertaria, al ver pisoteados todos los postulados en que juraban desde hacía muchos años. Esos postulados de la libertad y de la igualdad muchos los ponen en ridículo, ¡y sin embargo son una brújula tan buena para orientarse en ese piélago, que es el vasto, tempestuoso y caótico movimiento social de los pueblos!

Ese hecho de confiarse a unos hombres sólo por la fortuna innecesaria y casual de llevar un nombre histórico, ¿no era ya una estulticia, una ofensa a la madurez de un pueblo, una contribución a la persistencia de un prejuicio estúpido, que no servía para nada? Y además, todo aquel bagaje de carnets, de juramentos, de jerarquías, de secretos pregonados a todo el mundo, ¿no era tal vez gesto ridículo y peligroso, grotesco y antirrevolucionario, imitado del estilo fascista, como para poner en guardia hacia los ciegos? Hemos tenido ya casi diez años de polémica con los bolchevistas (sin contar la otra de medio siglo con los socialdemócratas) para sostener la necesidad de una conducta libertaria en la acción y en la revolución, ¡y después, en la primera ocasión, nos ponemos a hacer todo lo contrario para ir del brazo, no con los revolucionarios bolchevistas, sino con los demócratas burgueses!

Me he preguntado más de una vez, en estos dos años, ¿qué es lo que puede haber impulsado a aquellos anarquistas a asumir una actitud tan errónea e incoherente? Descarto toda hipótesis de mala fe, es decir: la voluntad de hacer mal y de traicionar, por el conocimiento de los hombres y por la falta de un elemento cualquiera de prueba serio. Por lo demás, no hay necesidad de una hipótesis de ese género, porque el error se explica muy bien por el temperamento y las tendencias individuales, como también por los mismos defectos humanos, tan comunes, sin embargo, y tan difundidos, incluso en medio de todos nosotros, sin distinción: ligereza, vanidad, susceptibilidad, testarudez, etc. Son defectos sin consecuencia en la vida ordinaria y común, pero que pueden tener efectos desastrosos en los hombres que asumen o a quienes se confían ciertas responsabilidades.



Pero yo creo que la razón principal de la desviación, aun concurriendo a ella las susodichas, es otra que tuve ocasión de apuntar ya; es decir: el hecho que hay anarquistas que en el fondo, sin explicárselo, no tienen más fe en la eficacia de las ideas, de los métodos y del movimiento anarquista, como vías y medios de liberación. Esos, aun continuando, por un sentimiento noble de fidelidad a la propia bandera y al propio pasado, llamándose y creyéndose anarquistas, no lo son ya en realidad y sienten, por tanto, la necesidad de recurrir a sucedáneos, es decir: la necesidad de buscar fuera del anarquismo, en el que no confían más, la satisfacción de las propias aspiraciones y de la propia voluntad de acción. Vendrá el día en que habrán de quedar desilusionados, pero mientras tanto son presa fácil de todo brillo de oropeles que les atrae ya de un lado, ya de otro.

Es el mismo fenómeno, empujado, que se manifestó en 1914 con la guerra, cuando también anarquistas que sabíamos de fe segura y de firme conciencia fueron desorientados y trastornados; el mismo fenómeno que después de la guerra hizo a otros pasar al comunismo bolchevista: la poca fe en sí mismos y en las propias ideas.

* * *

Pero dejando a un lado estos pocos casos individuales de exageradas torsiones, de desviaciones de actitud, de lenguaje y de mérito, veamos qué valor tendría, desde el punto de vista anarquista y revolucionario, el fenómeno general del "garibaldinismo" en el momento en que más era propuesto y tomado en serio.

Surgía de un nobilísimo sentimiento de rebelión contra la tiranía y de solidaridad con todo un pueblo oprimido, de una incoercible voluntad de acción difundida en los más diversos ambientes, de una esperanza embriagadora en poder, con un golpe de mano, libertar al mundo del incubo fascista, de una ilusión plena de humanidad que fuese posible un haz de las fuerzas más diversas para abatir el más próximo y el más duro obstáculo en la vía de la liberación. Era inevitable que hubiese aprovechadores de ese impulso de activa fraternidad y que disimulasen sus aspectos deficientes y su error inicial, pero el ímpetu que animaba a los más era fundamentalmente bueno, las intenciones sacrosantas, e incluso los más adversos por principio, no podían menos de mirarlos con simpatía e indulgencia. Aquellos de nosotros que estaban en Italia entonces, al mismo tiempo que veían toda

la inanidad y la vanidad de semejantes conatos e intuían sus peligros, estaban, sin embargo, conmovidos por la prueba de solidaridad en el dolor que significaban.

Pero la bondad y nobleza de las intenciones pueden valer para excusar y hacer absolver a los individuos, no para hacer que se vuelvan buenos los hechos que son malos, o para hacer que sea anarquista lo que es... todo lo contrario. Ahora, desde el punto de vista anarquista y revolucionario, el "garibaldinismo", tal como fué, era inaceptable. Era erróneo, entiéndase bien, hasta desde un punto de vista simplemente antifascista, — como demostraron los hechos —, pero yo me ocupo aquí sólo de lo que respecta a los anarquistas y me ahorro por tanto el examen de la cosa bajo otros aspectos.

"Los anarquistas (se ha dicho) no deben estar nunca lejos de la acción". ¿Y quién dice lo contrario? Todo movimiento de rebelión, aunque sea parcial, toda iniciativa de rebeldía a la opresión que se anuncie en el horizonte, cuenta con la participación de los anarquistas de acción sin mezclar los sacrificios y sin pactar sobre el debe y el haber, sabiendo bien que no podrán tener nunca sino lo que tomen por sí mismos con la propia acción directa. Pero eso no implica de ningún modo convicciones, ni exige a los efectos de la posible victoria que nos pongamos en contraste con la propia fe y nos embarquemos con gentes diversas o adversas en responsabilidades y orientaciones que no podemos aprobar porque las creemos nocivas; en actos o actitudes que podremos incluso tolerar o pasar por alto como errores inevitables en los anarquistas, pero no permitir a nosotros mismos que los sabemos nocivos.

He dicho ya por qué el sistema de las bandas garibaldinas era un error en sí mismo, desde el comienzo. Pero admitamos por un instante lo contrario. En todo caso, había gente de parecer diverso que nos incitaba a hacer la tentativa. Comprendo muy bien que los anarquistas no hayan querido responder que no a quien los llamaba al terreno de la acción. Puede haber momentos en que parezca un deber incluso el dar con la cabeza contra el muro, pues esa verdad que a veces la historia desmiente los más sólidos razonamientos y hasta a sí misma. Además, ciertas tentativas pueden ser útiles independientemente de éxito o fracaso, y ser un honor el participar en ellas, en el sacrificio, en la derrota y hasta en el martirio. Puede darse que éste haya parecido ser el caso a los anarquistas que se entregaron a la empresa garibaldina.

Pero el no responder "no", el declararse prontos, y el prepararse a participar en la acción no implicaba necesidad alguna de desnaturalizar y deformar la propia fisonomía de revolucionarios, que tienen una concepción propia de la revolución y de la acción y quieren realizarla, no por una fáqurica coherencia con una fórmula abstracta (como creen los adversarios), sino porque creen que su manera de encarar las cosas es más útil, más indispensable a un éxito cualquiera. Nada habría impedido a aquellos de nuestros compañeros el participar en la acción, donde ésta hubiese existido realmente, si en vez de embarcarse con los demás y asumir corresponsabilidades de ningún modo necesarias, se hubiesen preparado y organizado libertariamente por su cuenta, entre elementos conocidos anarquistas y simpatizantes, con todos los acuerdos indispensables para hallarse en el momento oportuno en el terreno; pero no como servidores de planes ajenos.

Pero en este punto es preciso advertir que estas consideraciones habrían tenido un valor aunque no fuera más que hipotético y de concepción, si la iniciativa garibaldina hubiese tenido otros hombres al frente. Con los jefes que tuvo, no sólo los anarquistas, sino todos los revolucionarios y antifascistas sinceros habrían debido desde el primer momento estar en guardia y desconfiar.

No hay que exagerar, dando a la aventura garibaldina en Francia más importancia de la que tuvo en realidad. Fué una tentativa que quedó en embrión, una llamarada que se apagó en pocos meses, un extravío de que la mayoría se repuso bastante pronto y que ha consumido a lo sumo algún compañero que en el fondo estaba tal vez cansado o decepcionado, como he dicho más arriba.

El daño mayor para los anarquistas, más que el hecho en sí, lo han acarreado las polémicas en las que se insistió después demasiado, — y no polémicas que discutieran la cuestión y la resolvieran desde un punto de vista general de principio o de táctica (lo que habría sido un bien), sino sobre todo polémicas personales, aburridoras, contra tiros y troyanos, de quienes se negaba la sinceridad y buena fe, o bien queriéndose demostrar por unos que los demás eran sólo revolucionarios de pica, y por los otros que los primeros eran charlatanes y supuestos anarquistas, etc. Se daba rienda suelta así a las viejas antipatías y rencores; se explotaban los errores de hecho o de lenguaje de los contrarios para sacar de ellos las conclusiones más inverosímiles; se trataba de desacreditar a través de los adversarios del momento ideas y métodos contrarios, sacando a relucir cuestiones que no entraban para nada en el asunto; y hubo quienes maltrataron atrozmente a compañeros extranjeros y lejanos, y de la propia opinión, sólo porque aconsejaban que no se exagerase, que se quedase dentro de ciertos límites, que se mantuviese sobre ciertos particulares delicados una cierta reserva, que se emplease para con los compañeros de parecer opuesto un lenguaje menos irritante, etc.

Repito que la cuestión, importante como principio, no lo fué (como puede parecer desde lejos) en la realidad concreta. Si algunos anarquistas se dejaron arrastrar al principio por la sugestión de las esperanzas garibaldinas, su exaltación duró muy poco, ni siquiera los nueve meses destinados al parto; quedó todo en las intenciones y en los primeros preparativos, y no produjo más que charlas, humo, discordias y podredumbre. No hubo un sólo periódico anarquista que haya defendido el error garibaldino (1), ninguna organización, ningún grupo constituido que haya hecho suya la tesis. El mismo grupo a que pertenecían aquellos que más se comprometieron en tal sentido, incluso teniendo el error de permitir que algunos de ellos se supusieran alguna vez sus exponentes, estaba compuesto también de adversarios a la empresa, no aceptó de ningún modo ese punto de vista y declaró que permanecía del todo extraño al asunto.

Pero la falta en los críticos, que sin embargo tenían razón, del sentido del límite y de las proporciones, acabó agrandando el mal en lugar de

(1) Los partidarios del garibaldinismo se defendieron de las críticas y ataques que se les dirigieron ya sea escribiendo en otros periódicos o publicando uno o dos números únicos por su propia cuenta.

limitarlo, envenenando la herida en lugar de curarla. Después de la primera exaltación los garibaldinianos habrían quedado cada vez menos y habrían tenido menos importancia si la polémica excepcionalmente larga y áspera no les hubiese creado una importancia exagerada y ficticia, si no se hubiera provocado a su alrededor con ataques injuriosos e impetuosos la solidaridad — casi diré la protesta, derivada más de amistades personales o de un ofendido sentimiento de justicia que de una voluntad de adhesión al error de aquellos. Así se consiguió en parte hacer de modo que se haya creído en ciertos ambientes, dentro y fuera del campo anarquista, que el error de algunos ha sido el error de casi todos y que el movimiento anarquista estuvo comprometido. Lo que no responde de ninguna manera a la verdad.

Además, la violencia de lenguaje con que fueron tratados desde el principio aquellos compañeros que estaban equivocados, pero que creían hacer bien y servir a la causa común, irritándoles con ofensas personales e hiriendoles en su amor propio, exagerando sus errores, etc., se ha contribuido a hacer más necia su testarudez, a hacerles encapricharse en el error, a hacerles ver una cuestión de política y de método general donde en lo sucesivo no había más que una mezquina y bana! cuestión de susceptibilidades personales ofendidas. ¡Sin embargo, no es raro este error psicológico y pedagógico de tratar mal a aquellos a quienes se quisiera convencer; en lugar de convencerlos no se hace más que enceguecerlos más y a veces hasta impulsarles a hacer tonterías que de otro modo no habrían hecho nunca!

* * *

Naturalmente, en todo esto entran en juego, por cada parte, los mismos defectos humanos que notaba más arriba respecto de los excesos del garibaldinismo. También en las polémicas lo que impulsa a exagerar son no raramente la presunción, la ligereza, el puntillo de honor, la testarudez, la vanidad, la irritabilidad, etc. Defectos naturales que quién sabe cuántas veces nos han hecho también singulares jugarretas a nosotros que ahora estamos examinando tranquilamente los errores de los otros.

Pero prescindiendo de estos elementos de deficiencia, inseparables de la naturaleza humana, hay una tendencia perniciosa en algunos anarquistas — tendencia que, con un poco de buena voluntad, se podría eliminar —, la cual les impulsa a la hipercritica de todo y de todos; de todo aquello, naturalmente, que no hacen ellos y de todos aquellos que no están completamente de acuerdo con ellos. Parece que se complacen en estar ellos solos, entre poquísimos, como verdaderos y buenos anarquistas, y que todo el resto que se desarrolla lejos y fuera de ellos va mal; y están siempre dispuestos a suponer en los disidentes de ellos las peores intenciones y los objetivos más maquiavélicos, interpretando actos y palabras en el peor sentido, etc. Si todo esto ocurre, de parte de ellos, aun cuando se equivocan, figuraos a qué punto pueden llevar su crudeza cuando tienen razón!

Tal vez hay otro coeficiente, que contribuyó a hacer más áspera la polémica antigaribaldina. Pero debo advertir que lo que digo aquí es una impresión personal mía y una convicción enteramente propia, que sin embargo no me parece del todo fuera de lugar.

Es decir, me parece que algunos, los que más se han acalorado en la polémica antigaribaldina, han sido empujados más allá de ciertos límites también por un error de valorización del garibaldinismo: no del garibaldinismo como episodio en sí, sino del garibaldinismo como producto del antifascismo burgués y democrático. Según mi opinión, poner al mismo nivel, como algunos hicieron, el antifascismo burgués y democrático en sus varias manifestaciones con el fascismo en bloque era injusto, y sobre todo era un error: error según la realidad objetiva de los hechos y error de táctica revolucionaria.

El descubrimiento de la traición de los Garibaldi pareció dejarme mal sobre eso; el hecho innoble nos impulsa a envolver en el mismo desdén a todos sus compañeros y amigos, a todos cuantos estaban en su ambiente político. El escándalo facilita y amplía las confusiones y las sospechas. El fascismo, al montar aquella maquinación, contaba ciertamente también con ese efecto para desacreditar en masa a todos sus adversarios; pero no hay que secundar su juego. Es preciso estar en guardia contra todas las asechanzas que nuestra pasión pueda tender a nuestra razón, para desviarlas. Si miramos las cosas con serenidad debemos convenir que no se puede, que no es justo, poner en el mismo plano a Améndola y a sus apaleadores, al director del *Mondo* y a la policía que lo envía a domicilio coatto, y en general a todos los perseguidos y opositores con todos los perseguidores y opresores, por lejanos que estén de nosotros y por poco simpático que nos sea alguno de ellos. Son los hechos materiales más salientes los que nos impiden confundir a unos con otros, como hacen los comunistas y también algunos compañeros anarquistas.

Tal confusión sería un error de método revolucionario, porque cada hora tiene necesidades más imperiosas que no se pueden pasar por alto en cambio de recriminaciones retrospectivas y de preocupaciones secundarias y menos urgentes, o en cambio de desparramarse tras otros adversarios y enemigos por el momento impotentes y desarmados y que dan frente, por sus propios fines, al enemigo más poderoso que tenemos ante nosotros y sobre los hombres. Si hay quien proporciona a este fastidios y dificultades o le da golpes, debemos comportarnos de modo como para no caer involuntariamente sobre alguno de ellos, como para no hacerle, sin quererlo, el servicio de desarmar algunos de sus eventuales y momentáneos adversarios, — salvo naturalmente el estar en guardia también frente a esos, no confiando en ellos, conservando las manos libres para un mañana en que puede surgir la necesidad de batirlos también con ellos.

Debemos permanecer intransigentes como anarquistas y como revolucionarios, ante el antifascismo no anarquista, no proletario y no revolucionario; pero no hay que confundirlo con el fascismo. Seamos y permanezcamos sus adversarios, pero no injustos con él: esta me parece la línea de conducta mejor, en la hora trágica que pasa. Nosotros sabemos bien que el antifascismo burgués y democrático no ataca el fondo del fascismo, no mina sus raíces, — fondo y raíces que son la constitución estatal y capitalista de la sociedad —, y por lo tanto sus vías y métodos no pueden ser los nuestros. No obstante los antifascistas burgueses dan cara a la mala planta, abatiendo sus ramas y el follaje; aunque su obra nos parece de una efi-

cacia enteramente transitoria y superficial, no nos corresponde a nosotros maniatar ni dar a nuestra crítica referente a ellos, sustancialmente justa y útil, una orientación y un tono que está reservado, para que sea más eficaz, a aquellos que son los opresores reales nuestros de la hora.

Pensemos, más bien, en hacer lo que mejor podamos y más que ellos; y que toda nuestra obra no se limite a criticar lo que hacen los otros. Oremos por nuestra cuenta, nosotros solos o a lo sumo con aquellos que son más afines a nosotros en el terreno proletario y libertario, teniendo bien presente que en la lucha social en general como en la antifascista en especial, nuestra función es diversa y a menudo opuesta a la de todas las fracciones del antifascismo burgués, con la que no debe confundirse. Independientemente de él y en plena autonomía debemos marchar por nuestro camino, con nuestros medios, mirando al tronco y a las raíces de la mala planta, que renacería pronto más lozana si nos contentásemos con la simple y fragmentaria obra de desfloramiento a que se limitan los antifascistas demócratas y burgueses.

* * *

Me he ocupado aquí del "garibaldinismo" verdadero y propio, el que intentó en 1924 la organización de las bandas y que acabó sin haber comenzado nada en los primeros meses de 1925. No me ocupo del garibaldinismo de reflejo, que llegó después, que se ha hecho y se hace aquí y allí casi diré por sport...

Me refiero en modo especial a cierto garibaldinismo de la América del Norte, que, bajo el mismo nombre, es una cosa muy distinta: una especie de bloquismo que quisiera unir en un gran haz a todos los antifascistas, pero sin un objetivo práctico determinado. Me limito a constatar que, precisamente porque está basado en el error de querer conciliar todos los antifascistas, ese esfuerzo por la unificación ha conseguido hasta aquí sólo cavar nuevas y más profundas discordias, polémicas más ásperas, rencores y contumelias, llevando la desunión hasta donde no la había.

No quiero detenerme sobre el antipático y lamentable rastro que el "garibaldinismo" ha dejado entre los anarquistas, en Francia, con aquellos tres o cuatro compañeros italianos que, por ceguera o vanidad simultáneamente, habían continuado manteniendo relaciones demasiado confidenciales e imprudentes con uno de los Garibaldi, aun después del naufragio de la deplorada empresa. Aquí la responsabilidad es enteramente personal; y por el conocimiento que tengo de los hombres y de las cosas creo que se trata de una responsabilidad de imprudencia y de ligereza, y no de culpa. Pero es preciso convenir que en ciertos casos la ligereza es una culpa gravísima; es de esperar por tanto que los interesados mismos u otros por ellos sepan tomar al respecto las decisiones prácticas más apropiadas. La cosa rebasa la misión expositiva y de carácter general y de principio que me había propuesto al comenzar este escrito.

De la exposición, que he tratado de hacer lo más objetiva posible con el esfuerzo de ser justo, manteniéndome en un punto de vista rigidamente anarquista, espero que pueda surgir alguna útil lección para todos, que nos ahorre la continuación de las diatribas recíprocas, inútiles por un lado y perniciosas por otro, y nos evite sobre todo la repetición de los pasados errores, tanto de los pequeños como de los grandes.

DE DOCTRINA Y DE TACTICA

PLATAFORMA DE ORGANIZACION DE LA UNION GENERAL DE LOS ANARQUISTAS (PROYECTO)

Comenzamos a publicar este trabajo, fruto de muchas discusiones en el ambiente de los anarquistas rusos refugiados en París, tanto para dar ocasión a nuestros lectores de conocerlo en español como para hacer resaltar una vez más nuestro pensamiento al respecto. Nos une a los autores de este proyecto la inquietud común por hallar una solución que dé al anarquismo una mayor eficiencia; eso no quiere decir que la coincidencia en los medios expuestos por nosotros o apenas entrevistados y los que nos presenta un grupo de anarquistas rusos en este escrito sea perfecta. En notas especiales pondremos de relieve nuestra disparidad de criterio, sin perjuicio de una más amplia discusión en nuestra prensa.

Vivimos en un período de forzada pasividad revolucionaria y consideramos oportuna la discusión teórica y el profundizamiento de nuestros problemas de doctrina y de táctica. En ese sentido transcribimos el proyecto de organización anarquista de los camaradas rusos agrupados en torno a "Dieta Truda" de París. Tenemos por línea de conducta el conocer y hacer conocer todas las opiniones y tendencias, la cual nos permite definir nuestros puntos de vista con más elementos de juicio. En ese contraste de ideas, los propios pensamientos se fortifican o se debilitan, según los casos, y nada mejor que emancipar nuestro cerebro de errores e interpretaciones equívocas por medio del libre examen y de la crítica sincera y elevada.

D. A. de S.

INTRODUCCION

¡Anarquistas!

Es muy significativo el hecho que a despecho de la potencia, del carácter positivo y de la incontestabilidad de la idea anarquista, a despecho también de la nitidez y de la integridad de las posiciones anarquistas frente a la revolución social, a despecho, en fin, del heroísmo y de los sacrificios innumerables aportados por los anarquistas en la lucha por el comunismo libertario, el movimiento anarquista quedó siempre débil y figuró,

generalmente, en la historia de las luchas de la clase obrera, no como un verdadero factor, sino más bien como un pequeño hecho, como un episodio (1).

Esta contradicción entre el fondo positivo e incontestable de las ideas anarquistas y el estado miserable en que vegeta el movimiento libertario, halla su explicación en un conjunto de causas, la más importante de las cuales, la principal, es la ausencia, en el mundo anarquista, de toda manifestación, de toda práctica organizadas, ordenadas.

En todos los países, el movimiento libertario ha servido para algunas organizaciones locales que profesaban una ideología y una táctica contradictorias, sin perspectivas de provenir, ni continuidad de trabajo y que desaparecieron habitualmente sin dejar casi el menor rastro (2).

Una situación semejante del anarquismo revolucionario, si lo tomamos en su conjunto, no puede ser calificada de otro modo que como "desorganización crónica".

Como una fiebre amarilla, la enfermedad de la desorganización se apoderó del anarquismo y lo sacude de año en año.

No es dudoso, sin embargo, que esa desorganización se cobije ella misma en algunas defectuosidades de orden ideológico: principalmente en una

(1) *Sin querer sostener en general una opinión diversa, es preciso, sin embargo, añadir que en los únicos países y en los únicos períodos en que el anarquismo representó una fuerza revolucionaria, fué en aquellos en que supo fundir sus intereses con los de una fracción rebelde del proletariado. Fué mucho menos importante, como idea y como movimiento social, donde quiso vivir al margen del proletariado.*

(2) *Esta afirmación contradice un tanto los hechos reales: el movimiento de la vieja Internacional bakuninista creó en algunos países latinos, como España, como la Argentina, instituciones tales los organismos obreros libertarios, a las que no se les puede achacar inconsistencia y falta de continuidad en el trabajo. ¿Que se ha hecho muy poco? En eso estamos conformes; pero que la supuesta desorganización sea la causa principal de la impotencia del anarquismo, esa es una afirmación que no compartimos. ¿Hizo falta una organización del anarquismo universal para protestar en 1914 contra el punto de vista de Kropotkin o para realizar en 1921-26 la campaña tenaz y sistemática en favor de Sacco y Vanzetti?*

falsa interpretación del principio de individualidad en el anarquismo, pues ese principio es equiparado muy a menudo a ausencia de responsabilidad. Los *amateurs* de la afirmación de su "yo" en vista de un disfrute personal, se afienen obstinadamente al estado caótico del movimiento anarquista y se refieren, para defenderse, a los principios inquebrantables del anarquismo y de sus maestros (3).

Ahora bien, los principios inquebrantables y los maestros dicen justamente lo contrario.

El desnudamiento es la ruina. La unión estrecha es la condición de vida y de desarrollo. Esta ley de la lucha social se aplica tanto a las clases como a los partidos.

El anarquismo no es una bella fantasía ni una idea filosófica abstracta: *es un movimiento social de las masas laboriosas* (4). Por esta razón ya, debe unir sus fuerzas en una organización general y permanente, como la actualidad y la estrategia de la lucha social de las clases exigen.

"Estamos persuadidos — dice Kropotkin — que la formación de un partido anarquista en Rusia, lejos de ser perjudicial a la obra revolucionaria común, es, al contrario, deseable y útil en el más alto grado" (Prefacio a la "Comuna de París", por Bakunin, ed. Ginebra, 1892).

Bakunin no se opuso tampoco nunca a la idea de una organización anarquista general (5). Al contrario, sus aspiraciones concernientes a la organización, así como su actividad en la primera Internacional obrera, nos dan el derecho a ver en él un partidario activo de tal organización.

Generalmente, casi todos los militantes activos del anarquismo combatieron la acción desnudada y soñaron con un movimiento anarquista soldado por la unidad de objetivo y de táctica (6).

Fué en los años de la revolución rusa de 1917 cuando se hizo sentir la necesidad de una organización general de un modo más claro, más imperioso. Fué en el curso de esa revolución cuando el movimiento libertario manifestó el más alto grado de desmembramiento y de confusión. La ausencia de una organización general llevó a varios militantes del anarquismo en brazos de los

bolchevistas. Y ella es la causa de que otros militantes queden en un estado de pasividad impidiendo toda aplicación de sus fuerzas que son, a menudo, de una gran importancia.

Tenemos una necesidad vital de una organización que, asociando la mayoría de los participantes del movimiento anarquista, establezca en el anarquismo una línea general para todo el movimiento (7).

Ya es hora de que el anarquismo salga del marasmo de la desorganización poniendo fin a las vacilaciones interminables en las cuestiones teóricas más importantes, tomando resueltamente el camino de la meta claramente concebida, de una práctica colectiva organizada.

No basta, sin embargo, constatar la necesidad vital de una tal organización. Hay que establecer también el método de su creación.

Rechazamos como teórica y prácticamente inepta la idea de crear una organización según la receta de la "síntesis", es decir, reuniendo los representantes de las diferentes tendencias en el anarquismo. Habiendo incorporado tal organización elementos teórica y prácticamente heterogéneos, no sería más que un amontonamiento mecánico de individuos que conciben de un modo diferente todas las cuestiones del movimiento anarquista, aglomeramiento que se disgregaría infaliblemente a la primera señal de vida (8).

El método anarco-sindicalista no resuelve el problema de la organización del anarquismo, porque el anarco-sindicalista no dirige su atención primordial a ese problema, interesándose sobre todo en su penetración y en su refuerzo en los medios obreros. No se puede, sin embargo, hacer gran cosa en esos ambientes, aun afirmándose en cierto grado, si no se posee una organización anarquista general (9).

El solo método que lleva a la solución del problema de organización general es, en nuestra opinión, la alianza de los militantes activos del anarquismo idealizado (10), sobre la base de tesis precisas: ideológicas, tácticas y de organización, es decir, sobre la base de un programa homogéneo más o menos acabado.

(3) ¿No implica algo de exageración la manía de amplificar el "peligro individualista"? Existen realmente algunos individualistas para quienes su anarquismo aboca en un irresponsabilismo bien notorio; pero son un número tan reducido que no merece la pena insistir tanto en denunciar sus desviaciones.

(4) Subrayamos nosotros ese pensamiento, por haberlo sostenido siempre y haber tratado de fundamentar en él nuestras interpretaciones y tácticas.

(5) Pero todos sus ensayos y propósitos en ese sentido tenían un objetivo bien claro, un programa de acción. Bakunin no defendió nunca "la organización por la organización".

(6) Sería fácil demostrar justamente lo contrario, que en el anarquismo se ha defendido siempre y fomentado la idea de la diversidad de tácticas, siempre que no contradigan los objetivos fundamentales de las ideas anarquistas. Y esa nos parece ser una de las características esenciales de nuestro movimiento.

(7) ¿No es esa una pretensión un tanto desmesurada? ¿Es que una "dirección" única, una línea general única sería más eficiente que la libre y espontánea conjugación de los esfuerzos diversos de los anarquistas? Creemos que no, y lejos de ello, nuestra opinión es que lo único que debe preocuparnos es el fomento de una mayor actividad, dejando a los individuos mismos plena autonomía.

(8) Los autores, o el autor, se refieren aquí a las ideas del compañero Volin, que también aspira a una organización general de los anarquistas, pero por medio de la síntesis de todas las tendencias. Ambos grupos harían bien en meditar las opiniones de M. Neitlau sobre la convivencia pacífica y la tolerancia.

(9) Indudablemente los autores contemplan aquí el panorama de los diversos grupos rusos del extranjero, herméticamente cerrados cada uno en sus concepciones y puntos de vista. Con una amplia visión del movimiento internacional, las opiniones serían ciertamente diversas.

(10) No conocemos ningún anarquismo de esa especie, ni sabemos a qué se refiere ese adjetivo.

La elaboración de tal programa es una de las tareas principales que la lucha social de las últimas decenas de años impone a los anarquistas. Es a esa labor a la que consagró el grupo de los anarquistas rusos del extranjero una gran parte de sus esfuerzos.

La *plataforma de organización* que se publica más adelante, representa las grandes líneas, el esqueleto de un tal programa. Debe servir como primer paso hacia la alianza de las fuerzas libertarias en una sola colectividad revolucionaria activa capaz de obrar: Unión General de los Anarquistas.

No nos hacemos ilusiones sobre tales o cuales lagunas de la presente plataforma. Sin duda alguna, la plataforma las tiene, como por lo demás todo paso práctico nuevo de una cierta importancia. Puede suceder que algunas tesis esenciales hayan sido omitidas o que otras hayan sido insuficientemente tratadas o que otras, por fin, estén, al contrario, demasiado detalladas o demasiado repetidas. Todo esto es posible. Pero eso importa poco. Lo que importa es echar los fundamentos de una organización general. Y es eso lo que se ha hecho, en la medida necesaria, con la presente plataforma. A la colectividad entera — a la Unión Anarquista General — corresponde ampliar, profundizarlas más tarde, hacer de ella un programa definitivo (11).

Bajo este aspecto aún, no nos hacemos ilusiones. Prevemos que varios representantes del llamado

(11) *Nos parece que hay bastantes organizaciones nacionales e internacionales para todos los gustos; hay una Unión Anarquista Universal, que no tiene vida por falta de camaradas que quieran actuar en ella o por falta de una misión que cumplir; hay una oficina antimilitarista internacional, que pide la adhesión de los anarquistas para poder ampliar sus posibilidades de acción y de propaganda; está la Asociación Internacional de los Trabajadores, que representa a las organizaciones obreras libertarias del mundo y que admite y considera bienvenida la colaboración de los grupos anarquistas de todos los países. Nos parece, en una palabra, que lo que sobra es organización y lo que falta es espíritu de trabajo y entusiasmo.*

individualismo y del anarquismo caótico nos atarán; con la baba en los labios, nos acusarán de haber violado los principios anarquistas. Sabemos, sin embargo, que los elementos individualistas y caóticos comprenden bajo el título de "principios anarquistas" el "je m'enfoutisme", la negligencia y la falta de toda responsabilidad, que infirieron a nuestro movimiento heridas casi incurables, y contra las cuales luchamos con toda nuestra energía, con toda nuestra pasión. Es por eso que podemos, con toda tranquilidad, descuidar los ataques que vengan de ese campo.

Fundamos nuestras esperanzas sobre otros militantes: sobre aquellos que, fieles al anarquismo, habiendo vivido y sufrido la tragedia del movimiento anarquista, buscan dolorosamente una salida.

Y después, concebimos grandes esperanzas en la juventud anarquista, que, nacida bajo el soplo de la revolución rusa y presa, desde el principio, en el círculo de los problemas constructivos, exigirá ciertamente la realización de los elementos de organización y positivos en el anarquismo.

Invitamos a todas las organizaciones anarquistas rusas dispersadas por los diversos países del mundo, y también a los militantes aislados del anarquismo, a unirse en una sola colectividad revolucionaria sobre la base de una plataforma común de organización.

Que esta plataforma sirva de consigna revolucionaria y de punto de alianza de todos los militantes del movimiento anarquista ruso. ¡Que ella pueda echar los cimientos de la Unión General de los Anarquistas!

¡Viva el movimiento anarquista organizado!

¡Viva la Unión Anarquista General!

¡Viva la revolución social de los trabajadores del mundo!

Por el grupo de anarquistas rusos
en el extranjero

EL SECRETARIO
P. ARCHINOFF

20 de junio de 1926.

EL MUNDO EN CIFRAS

LAS EXPORTACIONES ARGENTINAS EN 1926. — El valor total de las exportaciones efectuadas en el año 1926, alcanzó a la suma de 792.178.522 pesos oro, contra 867.929.882 en 1925; es decir, que han experimentado una disminución de 75.751.360 pesos oro, o sea de 8,7 o/o.

En los productos de la ganadería, la disminución de mayor importancia se observa en las exportaciones de carnes. El total de carnes bovinas y ovinas enfiadas y congeladas y de carne sañada y tasaño y conservada,

exportadas en 1926 ascendió a 830.035 toneladas, contra la cifra de 879.907 en 1925, o sea 49.872 toneladas menos. El valor de estos artículos ascendió a 138.808.112 pesos oro en 1926 y a 163.742.983 en 1925, lo que representa una disminución de 24.934.871 pesos oro.

Otra mengua considerable se ha producido en la exportación de cueros vacunos salados y secos. No obstante que las toneladas exportadas en 1926, a saber 169.337, son ligeramente superiores a las 168.086 exportadas en 1925, los valores descendieron

de 69.551.028 pesos oro a 61.283.493 pesos oro.

La lana limpia, tipo frigorífico acusa asimismo un descenso de 7.454 toneladas en 1925 a 4.635 en 1926. Traducido en valor, este descenso representa 5.659.846 pesos oro en 1925, a 2.650.372 en 1926.

En los productos de agricultura la única reducción de importancia es la que corresponde a las exportaciones de trigo. Los embarques de este cereal alcanzaron en 1926 a 2.031.583 toneladas contra 2.993.423 en 1925, es decir una disminución de 961.840 toneladas. A esta reducción en la cantidad correspondió una disminución aún más intensa en el valor, debido al descenso de los precios. El

trigo exportado en 1926 alcanzó un valor de 117.541.203 pesos oro que sólo este artículo ha producido una disminución de 74.524.274 pesos oro en el valor de las exportaciones del año 1926. Este producto, como acala de expresarse, también sufrió la influencia de la baja de precios. El promedio de las cotizaciones en 1925 fué de 64.16 pesos oro la tonelada y descendió a 57.85 pesos oro en 1926.

A pesar de esta disminución en las exportaciones de trigo, se ha producido un aumento de 1.890.195 toneladas en el conjunto de los embarques de cereales y lino. A este aumento en las cantidades no correspondió, sin embargo, un aumento en los valores, a causa de la baja de precios de estos productos. El valor total del conjunto de los cereales y lino exportados en 1926 alcanzó a 376.217.089 pesos oro contra 414.995.089 pesos oro contra 414.995.343 en 1925: es decir que se ha producido una disminución de pesos oro 38.779.254 en los valores, a pesar del aumento de 1.896.195 toneladas en las cantidades.

Conviene destacar de especial manera los aumentos verificados en las exportaciones de lino y maíz. Los embarques de lino en 1926 ascendieron a 1.671.488 toneladas contra 960.707 en el año 1925, o sea un aumento de 710.781 toneladas. Este acrecimiento en los embarques de lino determinó un aumento de 24.496.056 pesos oro en el valor, aumento que, como ocurrió en los primeros nueve meses, fué atenuado por la disminución de los precios. El promedio de las cotizaciones fué de 90.72 pesos oro la tonelada en 1925 y de 66.79 en 1926. Las exportaciones de maíz también aumentaron de 2.935.956 toneladas en 1925 a 4.894.150 en 1926, es decir: 1.958.194 toneladas más. No obstante este importante aumento, el valor apenas creció de 116.152.212 pesos en 1925 a pesos 126.601.637 en 1926, en razón de la caída de los precios de 39.56 pesos oro la tonelada en 1925 a 25.86 en 1926.

lb—lb

COMERCIO EXTERIOR DE FRANCIA. — Según las estadísticas publicadas acerca del movimiento comercial de Francia durante el año 1926, el monto de las importaciones ascendió a 59.514.725.000 francos, por 45.513.430 toneladas métricas, cuyas cifras constituyen un aumento de 15.419.363.000 francos y una disminución de 1.929.820 toneladas sobre los datos que arrojan las estadísticas correspondientes al año 1925.

El monto de las exportaciones durante el año 1926 fué de francos 59.354.649.000 por 32.429.146

toneladas, lo que constituye un aumento de 13.779.716.000 francos y 2.042.029 toneladas sobre el total de las exportaciones del año 1925.

Para el mes de diciembre último solamente el balance comercial arroja un excedente de 272 millones de francos de las exportaciones sobre el monto de las mismas en el mismo mes de diciembre del año 1925.

lb—lb

COMERCIO EXTERIOR ITALIANO. — La importaciones en Italia durante el año 1926, se-

gún las estadísticas oficiales, se elevaron a la suma total de liras 25.765.000.000 y las exportaciones alcanzaron a la cifra de 18.607.000.000 de liras.

Las importaciones experimentaron una disminución de liras 435.500.000 con relación al año 1925, y las exportaciones aumentaron en 334.500.000 liras, comparativamente con las habidas en el año 1925.

El balance desfavorable que en 1925 se elevó a 7.927.000.000 de liras, fué reducido en 1926 a la suma de 7.157.000.000 de liras, lo cual representa una mejora de 770.000.000 de liras.

BIBLIOGRAFIA

Han Ryner. — *Los artesanos del porvenir.* (Trad. de A. Gibanel), Librería Internacional, París, 1926, 35 págs.

Se trata de una conferencia pronunciada por Han Ryner el 27 de febrero de 1921 en París: fué publicada en este Suplemento por primera vez el 26 de junio de 1922, en el N.º 24. Luego la Editorial LA PROTESTA la publicó en folleto para distribuir gratis (1924). Por consiguiente, no es nada nuevo para nuestros lectores habituales. Esta edición de nuestros amigos de París es una traducción especial.

Almanaque de La Novela Ideal, 1927. — Barcelona, 128 págs. 8.º Precio: 2 pesetas.

Contiene un calendario revolucionario y científico, artículos de Federica Montseny, Federico Urales, Han Ryner, Fabbri, etc., retratos a pluma de diversos conocidos camaradas, conocimientos útiles, etc., etc.

lb—lb

A.—Anarquista.

Del país: *La Piqueta*, Rosario, números 1 y 2 (del 25 de diciembre y 10 de enero).

Bezvlastie, núm. 2 (diciembre de 1926), Buenos Aires.

Del extranjero: *Le Libertaire*, París. — *Tiempos Nuevos*, París. — *Il Monito*, París. Recibimos regularmente esos tres semanarios de lengua francesa, española e italiana, respectivamente. — *Veglia*, núm. 5, octubre-noviembre, revista mensual, París. — *Acción*, revista mensual. 2a. época, núm. 13, corresponde a diciembre de 1926, París. — *L'en dehors*, Orleans; hemos comenzado a recibir desde el número 95 en adelante. — *Publications de La Révolte et Temps Nouveaux*, Robinson (par Sceaux), recibimos el número 44, correspondiente a diciembre de 1926.

Brand, semanario, Stokholmo (Suecia). — *De Branding*, órgano juvenil anarquista (Holanda). — *Freedom*, Londres. — *Le Reveil-Il Risveglio*, quincenario, Ginebra (Suiza). — *The Road to Freedom*, quincenario, New York (Estados Unidos). — *Cultura Obrera*, semanario, New York. — *Algo*, Lorain, Ohio (mensual). — *Freie Arbeiter Stimme*, quincenario israelita, New York.

Nigra Flago (chino), Shanghai. — *Nigra Ondego*, 1.º nov. 1926 (en esperanto) núm. 2, Shanghai. — *Libera Laboristo*, 2.º año, núm. 5, noviembre de 1926, Mannheim (Alemania).

Voluntad-Volontá, los dos primeros números de este periódico que aparece en Montevideo desde el 15 de diciembre ppdo. *Luz y vida*, año 1, núm. 1, enero de 1927, Salto (Uruguay).

Adelante! Huarochiri (Perú). Año III, núm. 17 y 18, correspondientes a noviembre y diciembre de 1926.

Der freie Arbeiter, Porto Alegre (Brasil).

B.—Organos gremiales.

Recibimos regularmente el gran diario sueco *Arbetaren*, de Stokholmo y *A Batalha*, de Lisboa, órganos de las organizaciones revolucionarias respectivas. *Der Syndikalist*, seman., Berlín. — *El despertar marítimo*, órgano de la Federación regional marítima afecta a la C. N. T., Vigo (España), número 1, diciembre de 1926. — *El Obrero Panadero*, órgano de la Unión sindical de panificadores de Chile; mensual. El núm. 30, año II es del 1 de enero de 1927. — *Solidaridad*, órgano de la F. O. R. Uruguaya, núm. 28, correspondiente al 1.º de enero. *Golvs Truzenika*, núm. 21, dic. 1926, Chicago.

Librería LA PROTESTA

PERU 1537 — Buenos Aires

Bakunin Miguel. — LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA, tomo primero. Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 328 págs. en 8.º

LA REVOLUCION SOCIAL EN FRANCIA, tomo segundo. Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 287 págs. en 8.º

CONSIDERACIONES FILOSOFICAS. — Prólogo de M. Nettlau. Un vol. de 350 págs. en 8.º

Precio \$ 1.50 c/u.

Encuad. en tela \$ 3.50 c/u.

Clemens G. C. — ELEMENTOS DE ANARQUIA, 68 págs. precio \$ 0.30.

Fabbri L. — CARTAS A UNA MUJER SOBRE LA ANARQUIA, un tomo 110 págs., precio \$ 0.50. Encuad. en tela, \$ 1.50.

DICTADURA Y REVOLUCION, con un prólogo de E. Malatesta. Un vol. de 442 págs. precio \$ 2.—.

Kropotkin P. — CONFERENCIAS. I. — El Estado, su rol histórico. El Estado moderno. Un vol. de 146 págs. Precio \$ 0.50. Encuad. en tela, \$ 1.50.

LA GRAN REVOLUCION, 1789-1793. Versión española de Anselmo Lorenzo. 2.ª ed. con 23 láminas y 653 grabados. 2 tomos en 4.º de 418 y 406 págs., respectivamente. Encuadernados en un volumen en tela, precio \$ 15.—.

Malatesta Errico. — EN EL CAFE, prólogo de L. Fabbri, 108 págs., precio \$ 0.30.

Ricardo Mella. — IDEARIO. Prólogo de J. Prat, 332 págs. en 4.º, con retrato del autor, Gijón, 1926. Encuad. en tela, \$ 4.—

Abad de Santillán D. — RICARDO FLORES MAGON, el apóstol de la revolución social mexicana. Con un prólogo de Librado Rivera. Un vol. de 132 págs. en 8.º, precio 0.80

Archinoff P. — HISTORIA DEL MOVIMIENTO MACHNOVISTA (1918-1921). Prólogo de Volin. Trad. de Volin y D. A. de Santillán. Un vol. de 336 págs. en 8.º, \$ 1.80.

Lorenzo Anselmo. — EL PROLETARIADO MILITANTE. Memorias de un internacional, tomo segundo, 336 págs. en 8.º, \$ 1.50

Lombroso y C. R. Mella. — LOS ANARQUISTAS (Estudio y réplica). Un vol de 166 págs. en 8.º, precio \$ 1.—.

Nettlau Max. — MIGUEL A BAKUNIN. Un esbozo biográfico. 32 págs. en 8.º, \$ 0.20

MIGUEL A. BAKUNIN, la Internacional y la Alianza en España (1868-1873), 132 páginas en 8.º mayor, precio \$ 0.50. Edición especial en papel pluma, \$ 1.—, encuadernado en tela \$ 2.50.

ERRICO MALATESTA, LA VIDA DE UN ANARQUISTA. Trad. de D. A. de Santillán, 262 págs. en 8.º, precio \$ 1.20. Edición especial en papel pluma, \$ 2.—, encuadernado en tela, \$ 3.50.

López Arango y D. A. de Santillán. — EL ANARQUISMO EN EL MOVIMIENTO OBRERO. Un vol. de 202 págs. en 8.º, precio \$ 0.80, encuadernado en tela, \$ 2.30.

Faure Sebastián. — EL DOLOR UNIVERSAL. Un vol. de 270 págs., 8.º mayor, \$ 1.—.

Flores Magón R. — SEMILLA LIBERTARIA. 2 tomos de 176 y 214 págs., en 8.º, precio, \$ 1.60.

SEMBRANDO IDEAS, un vol. de 98 págs. en 8.º, \$ 0.40.

RAYOS DE LUZ. Diálogos relacionados con las condiciones sociales de México, precio \$ 0.40.

EPISTOLARIO REVOLUCIONARIO E INTIMO. Tres tomos en un volumen, \$ 0.90.

Guerreros Praxedis G. — ARTICULOS LITERARIOS Y DE COMBATE; pensamientos, crónicas revolucionarias, etc.. Un vol. de 108 págs. \$ 0.50.

Rocker R. — ARTISTAS Y REBELDES. Escritos literarios y sociales. Trad. de Salomón Resnick, 304 págs. en 8.º, \$ 1.20.

Tolstoi León. — LA VERDADERA VIDA. Trad. de Eusebio Heras. 4.ª ed. Un vol. de 202 págs., \$ 0.80.

AMOR Y LIBERTAD (Palabras de un hombre libre). Trad. de R. Sempau y A. Riera. 216 págs., \$ 0.80.

¿QUE HACER?, Trad. de G. Kult, 220 páginas, \$ 0.80.

Gille Paul. — ESBOZO DE UNA FILOSOFIA DE LA DIGNIDAD HUMANA. Trad. de F. González Rigabert. Un vol. de 188 páginas, \$ 1.20.

GUYAU J. M. — ESBOZO DE UNA MORAL SIN OBLIGACION NI SANCION. Traducción de Leonardo Rodríguez y A. Casares. Un vol. de 284 págs., \$ 2.—.

Rocker Rudolf. — IDEOLOGIA Y TACTICA DEL PROLETARIADO MODERNO. Trad. de D. A. de S., 240 págs. \$ 1.20.

¡EN BREVE!

JOHANN MOST

LA VIDA DE UN REBELDE

Por Rudolf Rocker

2 tomos de 350 págs. cada uno, \$ 150 cada tomo

Se atienden pedidos

*Obra fundamental para el conocimiento de la historia
revolucionaria del proletariado moderno*

**Contribución a la historia del
movimiento obrero en España**

*Miguel Bakunin, la Interna-
cional y la Alianza en España
(1868-1873)*

Por **MAX NETTLAU**

Un volumen de 132 páginas en 8.º mayor

Edición popular \$ 0.50
Edición en papel pluma \$ 1.—
Edición en papel pluma y encuader-
nado en tela \$ 2.50

Editorial LA PROTESTA—1926